

Antonio de Ciudad Real

“De lo mucho que se detuvo la flota de La Habana y qué fue la causa, y cómo vino la de Santo Domingo y algunas naos de Honduras y otras de Tierra Firme, y de los pareceres que hubo sobre si saldría la flota o no”

p. 414-416

Antonio de Ciudad Real

*Tratado curioso y docto de las grandezas de la Nueva España. Relación breve y verdadera de algunas cosas de las muchas que sucedieron al padre fray Alonso Ponce en las provincias de la Nueva España siendo comisario general de aquellas partes*

*Tomo II*

Josefina García Quintana y Víctor M. Castillo Farreas (edición, mapas, apéndices, glosarios, índices y estudio)

Tercera edición

México

Universidad Nacional Autónoma de México  
Instituto de Investigaciones Históricas

1993

484 p.

(Serie Historiadores y Cronistas de Indias 6)

ISBN 968-36-2810-9 (obra completa)

ISBN 968-36-2811-7 (tomo II)

Formato: PDF

Publicado en línea: 23 de noviembre de 2018

Disponible en:

[http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/156\\_02/tratado\\_curioso.html](http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/156_02/tratado_curioso.html)



INSTITUTO  
DE INVESTIGACIONES  
HISTÓRICAS

D. R. © 2018, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México

lo hizo hasta los diez de agosto, que volvió su asiento al  
AGOSTO guardián y él tomó el suyo, o por evitar los dichos y es-  
1589 cándalos de los frailes, o porque vio que el padre Ponce  
no acudía, por estar enfermo, a la comunidad y que así no  
le podía presidir en ella, que era lo que parecía pretender. Estuvo en La  
Habana el padre Ponce muy enfermo, y fue Dios servido de que, sin  
tomar purga ni jarabe, quedó muy bueno y sano, porque obró en él natu-  
raleza lo que pudieran obrar purgas y otras medicinas que le aplica-  
ran muy a propósito. Los seis religiosos sobredichos de México eran los  
que mandaban el convento, y a quien el guardián procuraba dar gusto y  
regalar, como a merecedores de grandes premios y como si nos enviaran  
a España en son de presos; que no poco se notaba entre los demás y aun  
hasta los seglares lo mormuraban.

[CAPÍTULO CLXXVII]

*De lo mucho que se detuvo la flota en La Habana y qué fue la  
causa, y cómo vino la de Santo Domingo y algunas naos de  
de Honduras y otras de Tierra Firme, y de los pareceres  
que hubo sobre si saldría la flota o no*

Cuando llegó a la flota de Nueva España a La Habana venía el general muy determinado de partirse luego, dentro de ocho días, pero halló orden y mandato del rey para que se estuviese quedo hasta que se le diese nuevo aviso de lo que hubiese de hacer; y el que pocos días después se le dio fue que aguardase a Álvaro Flores, un capitán muy experto y afortunado en aquella carrera, el cual había de venir al mismo puerto con algunos galeones de armada con la plata de Tierra Firme, y que llegado éste siguiese el orden que le diese. Un día o dos después de la fiesta de \*

llegó el Álvaro Flores con más de veinte naos y dos galizabras (que son unos barcos pequeños de vela y remos) con que no poco se regocijó la flota [. . . . .] desde la fortaleza, y él a ella desde sus naos. Era cierto muy de ver cuán poblado estaba aquel puerto de navíos, porque, además de los

\* Aquí faltan en el original cinco renglones. [N. del primer Ed.]

sobredichos de Nueva España y Tierra Firme, habían entrado al fin de julio otros veinte de Santo Domingo, y antes que los de Nueva España los de Honduras, que eran siete u ocho, sin otros muchos de la misma Habana y puertos de aquella isla y de las otras circunvecinas, pues la gente que había en todos ellos, y por el pueblo de La Habana, era infinita, que no podían andar por las calles, todos tan bien aderezados que era contento grandísimo verlos; lo que a todos daba pena notable, era la falta que había de bastimentos y provisión, y cuán caro valía todo y con cuánta dificultad se hallaba, lo cual fue causa de que algunos se volviesen de allí a Nueva España, hartos ya de estar y de gastar en aquel puerto, y viendo cuán de espacio se estaba en él la flota.

Tenía Álvaro de Flores orden del rey que tomase toda la plata de Nueva España y de Tierra Firme, así del rey como de particulares, y la pusiese en las naos que para ello escogiese y la trujese a España, dejándole (según se decía) libertad para que en salir o no aquel año hiciese como mejor viese que convenía, consultados los pilotos, maestros y capitanes de los navíos sobre el caso; y así lo primero que hizo fue repartir toda la plata en ocho naos, que escogió por más ligeras, fuertes y artilladas, y luego hizo junta de pilotos, capitanes y maestros, y trató con ellos sobre si partiría la flota o invernaría en aquel puerto, por ser ya tan tarde, y aguardaría al verano siguiente. Hubo sobre ello muchas demandas y respuestas, dares y tomares, peticiones y requerimientos; unos decían que el salir la flota tan tarde era temeridad muy grande y ponerla a manifiesto riesgo y peligro, porque aunque estuviese la mar por aquel tiempo libre y desembarazada de enemigos, el enemigo mayor y más cruel era la misma mar, que, en aquel tiempo, había de hacer de las suyas y destruir la flota, sorbiéndosela o dando con ella en la costa de La Florida, donde se perdiese toda, y que así era lo más seguro estarse quedos, y enviar luego por bastimentos a la Nueva España y por brea a las islas, para dar carena. Este parecer se tuvo por el más acertado y seguro, pero por ser de pocos (aunque los más desinteresados y que más desto entendían) no se tomó ni siguió sino el de los muchos, que fue que saliesen luego, y a lo más tarde en cuanto pasase la conjunción de septiembre; alegando que aún no era entrado el invierno y que Dios, como señor de los vientos y mar, les daría buenos tiempos, y que en invierno los suele hacer buenos y prósperos, y en verano acontece ser contrarios y malos. Y aunque decían esto, todavía muchos dellos se recelaban del tiempo, pero por sus intereses dieron este parecer, temiendo que si invernaban allí se comerían de broma los navíos, y que se perdería la mercadería que en ellos traían, demás que la gente les gastaba mucho, y les gastaría mucho más en la comida, porque la que habían traído de Nueva España se les iba aca-

bando, y la que tomaban de La Habana era carísima y no se hallaba; y así, por ahorrar y no gastar, dieron el parecer que les destruyó, como adelante se dirá.

Resuelto pues Álvaro Flores, con este parecer, en salir del puerto para España con sus naos y plata, que pasaba de doce millones, y determinado que luego fuese tras él en otra escuadra el general de Nueva España, con el resto de la flota, porque esto se decía que era orden del SEPTIEMBRE rey, viernes en la noche, primero de septiembre, hizo dis-  
1589      parar una pieza para que la gente se recogiese a las naos, y  
            luego el sábado de madrugada otra para levar las anclas  
y hacerse a la vela, con que los más se entraron en las naos llevando consigo su ropa y matalotaje, con mucha prisa y no pequeña [.....] Mas Álvaro Flores ni sus naos no se hicieron a la vela, ni salieron del puerto, sin saber cuál fuese la causa, mas de que quiso aguardar a la conjunción, que [.....] se tornó la gente a quietar, aunque desde entonces estuvo más [.....].

#### [CAPÍTULO CLXXVIII]

*De cómo se quedó en La Habana uno de los frailes de México que enviaban a España, y de otros muchos que venían en aquella flota y del mal término que tuvo el guardián con el padre Ponce*

Aquel mismo sábado por la mañana, dos de septiembre, cuando Álvaro Flores disparó la pieza para hacerse a la vela, como queda dicho, entendiendo que iba de veras y que luego había de salir tras él el general de Nueva España, se embarcaron, de los seis frailes de México que enviaba a España el padre comisario, solos los cinco con su hato y matalotaje, quedándose el uno, que fue fray Rodrigo de los Olivos, a título de estar enfermo, sacando firmas de unos zurujanos que le curaban, en que afirmaban que le haría notable daño si se embarcase con la enfermedad que decían tenía; aunque no faltó quien sospechase y aun dijese ser todo aquello fingido, mas como no había allí quien lo examinase, ni examinando lo remediase, porque fray Pedro de San Sebastián, su comisario, era también su amigo y consorte en la rebelión y resistencia que se había hecho al padre Ponce, y el guardián de aquel convento, que a no ser el que era le podía forzar a embarcarse, favorecía asimesmo sus cosas, él se quedó en La Habana muy seguro, al parecer, con aquel testimonio de los zuru-